

## TÍTULO: EL VUELO DE LA GOLONDRINA

—¡Niños, ya podéis recoger! Y mañana no os olvidéis de traer un poco de leña para la estufa —dijo la maestra—. Al salir, fijaos en los nidos de las golondrinas y veréis que ya están vacíos, regresarán en primavera.

De esta manera, la señorita Puri dio por finalizada la clase en la escuela de Bielsa, un mediodía cualquiera a comienzos del siglo XX en pleno corazón de los Pirineos.

Los ojos de Violeta comenzaron a derramar alguna lágrima porque sabía que no volvería al día siguiente. Ella, apenas tenía catorce años, emprendería su vuelo al otro lado de las montañas para trabajar en Francia haciendo alpargatas junto a otras chicas del valle. Las llamaban golondrinas porque su periplo era el mismo que el de estas aves; esos francos ganados no se podían cambiar en pesetas, por eso comprarían mantelerías, sábanas y vajilla, también, ayudaban a la preparación del ajuar.

Después de reposar un poco la comida, Violeta, de silueta espigada y tez morena, bajó con su madre a lavar la ropa al río. La niña no podía disimular una tristeza infinita.

—Mamá, ¿tú crees que en Francia hay ríos tan limpios como este? Dicen que allí el agua está sucia porque las fábricas echan porquería.

—No lo sé, hija, tengo entendido que están muy adelantados a nosotros, no me imagino a los franceses lavando en el río.

El sol del atardecer se apagaba entre las montañas dejando la aldea casi invisible en medio del bosque otoñal. Las dos mujeres volvían a casa por el sendero con las canastas llenas de ropa

lavada. Encarna, la madre de Violeta, escasamente podía llevar tanto peso porque su cuerpo pequeño y enjuto no daba para más. En aquel rostro curtido por infinidad de soles, apenas se distinguían unos pequeños ojos de melancolía. A mitad del camino se unieron a ellas tres vacas pardas y dos terneros que habían pastado todo el día en el monte; los animales tenían por costumbre volver siempre sobre la misma hora para recibir su ración de pienso en el establo. En la aldea, Violeta se despidió de ellos abrazándoles mientras derramaba lágrimas sin consuelo junto a la vaca Margarita, gran amiga y confidente.

Encarna pasó la noche en vela agotando todas las brasas del hogar en la plancha de hierro, pues quería dejarle impecables las prendas que se llevaría en la vieja maleta. Después, ordenó con mimo dentro de la misma: tres vestidos negros, dos chaquetas, un abrigo, una bufanda, algunas mudas, paños para la menstruación, jabón casero, un peine y el dedal que ella usó en su juventud como golondrina; la documentación la llevaría colocada estratégicamente entre la indumentaria protegida por una reliquia de la Virgen del Pilar.

Violeta despertó con el quiquiriquí del gallo en el corral. La mañana tenía la frialdad de la separación y el miedo a lo desconocido para ella que jamás había salido del valle. No le encontró ningún sabor al tazón de leche de la vaca Margarita, ni al trozo de queso que le preparó su madre.

Dejar la aldea le hizo volver la vista atrás mientras daba pasos cada vez más torpes sintiendo que abandonaba por primera vez la tierra, su refugio y el de sus antepasados, ellos hicieron de ella su pan y su viña. La pequeña conectaba con el sufrimiento de quienes, antaño, levantaron las paredes de piedra que flanqueaban el camino hasta Bielsa.

La plaza del pueblo era el punto de encuentro donde también acudieron las otras chicas. El párroco les dio la bendición y voltearon las campanas. Un llanto sin aliento y largos abrazos despidiéndose de sus familiares se sucedieron durante un buen rato, antes de subir a las caballerías para acompañarlas hasta el puerto de Bielsa. En ese instante, el reloj de la torre daba las siete.

Comenzaron la ascensión en medio de grandes hayedos vestidos de amarillo, naranja y rojo en una sinfonía perfecta de la naturaleza con los colores de otoño, que tendían una alfombra de hojas secas a su paso. Las enormes cascadas bajaban de las cumbres salpicando al grupo. Los sarrios y las marmotas, junto al impresionante vuelo del quebrantahuesos, lograron arrancar alguna sonrisa a Violeta a modo de saludo. Fueron dulces momentos para sentir el arrullo del bosque, la voz de los suyos hecha naturaleza acompañándoles a su duro destino.

La curiosidad le hacía estar atenta a todos los detalles. El ruido de los cascos de las caballerías resbalando entre las piedras le recordaba sus días masando en la aldea; esa cadencia monótona sonaba como el chasquido de la pala de madera al sacar los panes del horno. Eran instantes de felicidad por el bullicio que animaba toda la casa, sin olvidar lo ricas que estaban las tortas.

Cuando llegaron a Puerto Viejo, la cumbre más alta donde está la muga que separa los dos países, la comitiva se dio la vuelta con las caballerías en el paso fronterizo y todas ellas quedaron abandonadas a su suerte.

Anocheecía en el horizonte de las montañas. Resultaba una temeridad bajar por aquellos riscos a la luz del candil, por eso, no dudaron en acurrucarse en un pequeño refugio que encontraron, casi seguro hecho por los contrabandistas. El frío y la humedad a más de dos mil metros de altura se hacían insoportables.

Al amanecer, Violeta seguía en silencio aterida de frío y de soledad, pues a aquellas chicas mayores solo las conocía de vista. Justa, la más veterana, que rondaba los cuarenta, de complexión robusta coronada por un moño, tomó las riendas de la situación como experta golondrina de años anteriores.

—¡Venga, vamos a buscar ramas secas y hacemos un poco de fuego para calentarnos las manos mientras almorzamos!, no es bueno comer con tanto frío. Y tú, pequeña, ¿cómo te llamas?

Estás helada.

—Me llamo Violeta y soy de una aldea de Bielsa —respondió sin dejar de tiritar.

—¡Muévete, Violeta, te sentirás mejor!, te lo digo por experiencia.

A continuación, se comieron los bocadillos y, tras reponer fuerzas, iniciaron el descenso por un largo y pronunciado sendero, testigo mudo de contrabandistas, pastores, emigrantes y exiliados. Las amplias sayas negras que vestían las chicas dificultaban el paso entre la maleza, pues continuamente se enganchaban con las zarzas, asimismo, sus pies menudos tenían que medir cada paso para no caer al vacío por el desfiladero. También, sentían el peligro de las piedras que se desprendían de las rocas por las recientes lluvias.

Atravesaron el valle de la Géla donde solo se oían las aguas bajando a borbotones por las cascadas. Por fin, llegaron a Le Plan d'Aragnouet y, poco después, a su destino: Sarrancolin. Lo que más le impresionó a Violeta fue el río Neste tan caudaloso y salpicado de truchas como el siempre añorado río Cinca a su paso por Bielsa.

«Este paisaje es igualito a mi valle. Espero acostumbrarme pronto, aunque echo de menos a mamá, a mi padre y, como no, a Margarita. ¡La de cosas que le contaré cuando vuelva!, estos prados le encantarían», pensaba mientras aceleraba el paso para alcanzar a sus compañeras.

Se dirigieron a la posada de Chez Aline. Allí, todas ocuparon una sala grande repleta de camastros. Violeta se quedó asombrada porque la casa tenía luz eléctrica y agua corriente, además, había un retrete al final del pasillo; la joven estaba acostumbrada en su casa a bajar al corral. Vencida por el cansancio, cayó exhausta sobre el lecho y durmió hasta la hora de cenar.

Al día siguiente, cruzaron la puerta de Santa Quiteria con la primera luz del alba. Pasaron por la plaza de Vivier sintiendo el bullicio de todos los martes a esa hora tan temprana cuando los vendedores montaban sus puestos de queso, verdura y fruta; la castañera ya estaba en plena labor

dejando su aroma por toda la plaza. Antes de que se desvanecieran en el aire los ruidos del mercado, apareció delante de las chicas el viejo almacén donde las letras de la pared apenas se podían leer debido al avanzado deterioro. En aquella desangelada factoría, Violeta comenzó su duro trabajo cosiendo alpargatas, mientras seguía los consejos de Justa que la aleccionó durante el camino a la fábrica:

—Procura no hablar cuando estés trabajando, al jefe le sabe muy mal. Y no te dejes engatusar si viene a decirte algo, le gusta la carne fresca.

—Muchas gracias, Justa, te haré caso. Estoy un poco asustada.

—Tranquila, niña, yo cuidaré de ti. Desde mi sitio te estaré vigilando.

Aquellas primeras jornadas de doce horas se hicieron agotadoras para todas las chicas, en particular, para Violeta, la más joven. Las advertencias de las compañeras, en especial las de Justa que le cogió mucho cariño, le ayudaron a sobrellevar tan duro comienzo. Solo tenían un descanso de media hora al mediodía para comerse el bocadillo y beber agua, el resto era un sinvivir siempre bajo las órdenes del *pollo* (las trabajadoras llamaban así al jefe por su pelo amarillo) autoritario.

—Hola muchacha, ¿cómo te llamas? Es el primer día que trabajas aquí, ¿verdad? Parece que necesitas ayuda. Si quieres puedo enseñarte sin que se enteren tus compañeras y hasta puedes ganar algún dinero extra —le susurró al oído el jefe posando su mano en la de Violeta.

—No se preocupe, señor. Justa me va a enseñar porque ya lleva aquí muchos años —respondió apartándole la mano.

El *pollo* se marchó vociferando a todos los empleados llamándoles pandilla de vagos extranjeros y abandonó el almacén dando un portazo. En ese momento, las miradas de Justa y de Violeta se hicieron cómplices esbozando en sus labios una ligera sonrisa de satisfacción. Justa se acercó a ella y la inició en los secretos de coser alpargatas a mano y a máquina.

Llegó el domingo y todas las chicas guardaron fiesta. Se juntaron en la plaza después de misa y compartieron cucuruchos colmados de golosinas tras conseguir el cambio de sus escasas pesetas por francos. Violeta participaba en la reunión mientras su mente volaba lejos, al otro lado de las montañas.

—¿En qué piensas, pequeña? Se te ve triste. No te preocupes, ya te irás acostumbrando, todas lo hemos hecho —le preguntaba Justa—. Además, fuiste muy valiente y nos dimos cuenta de que mandaste al *pollo* a hacer puñetas. Otras no tuvieron tanta suerte.

—Pienso que es un trabajo muy duro, apenas tenemos tiempo para descansar, el jefe nos trata mal...y, cuando volvamos a casa, no seremos las mismas.

En la noche de difuntos, las compañeras de habitación de Violeta decidieron contar historias de miedo, menos Justa, que no quiso participar y se quedó dormida. Conforme avanzaba el relato de «El Fantasma de la Mano Negra» que raptaba a los viajeros al cruzar el puerto y nunca más se sabía de ellos, a Violeta le temblaban las piernas; más tarde, le costó dormirse. Por la mañana, descubrió que había mojado la cama de puro terror.

A pesar de ello, las calles empedradas del casco medieval de Sarrancolin, los balcones y ventanas rebosantes de vistosos geranios, el apacible discurrir del agua en la fuente sobre la hiedra, lograron hacer del pueblo casi un segundo hogar para la joven.

El invierno trajo las primeras nevadas al lugar que se cubrió de un manto blanco. Con ese idílico paisaje de tejados cubiertos de nieve, de carámbanos de hielo colgando de los aleros y hojas de acebo en las puertas de las casas llegó la Navidad a Sarrancolin, avivando la nostalgia de las chicas.

En la memoria de Violeta se agolpaban los recuerdos de la Navidad en el valle, estos hicieron que sus grandes ojos verdes se inundaran de añoranza pensando en la tronca que bendecían en Nochebuena, con su padre sentado sobre ella en el hogaril. «Buen tizón, buena brasa, Dios bendiga

a todos los miembros de esta casa», eran las palabras pronunciadas por el heredero.

La tronca *cagaba* para los niños los regalos que escondía en el interior, por eso, estaba hueca. Violeta recordaba con especial cariño el momento de recoger su paquete de dulces; si el año había sido pésimo solo alcanzaba para un puñado de galletas y media tableta de chocolate, pero la ilusión era la misma. Todavía seguía añorando una tronca muy especial cuando lo que contenía era un pollito que se le daba cuerda y parecía tener vida.

Después de la bendición y los regalos, la tronca debía arder en el hogaril hasta el día de Reyes, otra fecha importante en el calendario de Violeta. La noche anterior dejaba los zapatos en la ventana junto a un cuenco de agua y trigo para los camellos, a veces, algún animalito que pasaba por allí en la noche se comía el cereal y saciaba su sed. La emoción de Violeta al comprobar la certeza de la visita de Sus Majestades era inmensa, no tenía tanta importancia el presente hallado en los zapatos.

Por esas fechas, aparecieron en el almacén un grupo de cinco chicos de los alrededores de Sarrancolin revolucionando la fábrica. Uno de ellos, Paul, logró captar la atención de Violeta que no lo perdía de vista. Se estableció un sistema de mensajes entre los dos a base de trocitos de papel doblado, el cual se iban pasando con la ayuda de los compañeros. Aquella cadena de amor se rompió de repente cuando el *pollo* se dio cuenta, les cayó una buena reprimenda, pero sus corazones siguieron latiendo al unísono hasta el final. Siempre tenían presente la promesa de reencontrarse en el siguiente vuelo de las golondrinas.

Paul cuidaba de ella con ternura. Cuando hacía mucho frío, a Violeta le bailaba el dedal de mamá en el dedo porque tenía los dedos medio helados.

—¿Por qué se cae tanto el dedal en tus manos de hada? Me parece que debo hacer algo para arreglarlo —dijo Paul en un español casi perfecto.

—Me va grande, Paul, mi mamá tiene las manos enormes y las mías son muy pequeñas. Lo he intentado todo para encajarlo, pero no hay manera —el rubor la delataba diciendo estas palabras.

—Pues ahora mismo soluciono tu problema, no quiero que mi chica se haga daño —respondió el joven.

Entonces, Paul aprovechó mientras el patrón se fue al lavabo, abrió un paquete de algodón y cogió un pellizco para envolver el extremo del dedo corazón de la mano derecha. El dedal le ajustó a la perfección.

Los operarios se acostumbraron a no beber líquidos antes de hacer el turno, pues solo podían abandonar su puesto en el descanso del mediodía. Para sobrellevar mejor aquel calvario en la fábrica, a menudo se oía *pío, pío*, que soltaban los chicos por lo bajo para hacer sonreír a las jóvenes. El *pollo* se volvía furioso sin acertar a entender lo que pasaba.

—Allez, on y va travailler! —gruñía el patrón sin darles ninguna tregua.

Una anécdota resultó memorable para los empleados la tarde en que el jefe no dejaba de tirarse pedos cuando andaba por los pasillos en medio de los trabajadores. Paul observó una mancha marrón en la parte trasera del pantalón del *pollo*.

—Me parece que se le ha caído uno —dijo con disimulo, entre tanto sus compañeros se cachondeaban sin poder reprimir las risas.

—¡Vais a ir todos a la puta calle, pandilla de inútiles! —soltó el jefe en un español sin fisuras.



En ese instante, todos recompusieron su cara para mostrar un aspecto serio y sumiso como a él le gustaba. Temían que podía llevar a cabo la amenaza.

A primeros de febrero, se complicaron las cosas por un pedido extra de alpargatas para el norte de Francia. El jefe duplicó la plantilla y tuvieron que hacer turno de noche y turno de día trabajando a destajo. Tantas horas con semejante actividad hicieron que se resintiera la salud de todos, menos la del *pollo*, claro. Los trabajadores acabaron sufriendo unos dolores terribles, Violeta tenía los brazos destrozados.

A finales de febrero, cayó una nevada descomunal en Sarrancolin. El tejado del viejo almacén tenía algunos maderos podridos que no podían soportar el peso de la nieve. El trabajo en la fábrica seguía con su ritmo frenético en una aciaga mañana cuando una parte del techo se desplomó sobre los empleados. Los primeros instantes resultaron dantescos: todo era confusión en medio de una polvareda que no dejaba ver nada. Entre los escombros se escuchaban gritos y lamentos.

Violeta y los más cercanos a la puerta de entrada del almacén resultaron ilesos, pero todo el fondo sur había sucumbido bajo una maraña infernal. Al lugar llegó todo tipo de ayuda, aunque poco pudieron hacer, hasta los perros de rescate buscaron víctimas y una de ellas fue Paul que destrozó el corazón de la joven. A todos los que se encontraban bien les obligaron a abandonar la escena mientras sacaban muertos y heridos. Violeta no quería marchar sin despedirse de Paul y la tuvieron que sacar por la fuerza.

El entierro de Paul y siete de sus compañeros, chicos y chicas, resultó un acto multitudinario al que también acudieron las autoridades de la zona. Anochecía cuando la gente abandonó el cementerio de Sarrancolin. Violeta se acercó a la tumba de Paul, rota de dolor, sacó de un bolsillo su dedal metálico y lo colocó sobre la sepultura con un amor inmenso. Los trabajadores tuvieron unos días de fiesta hasta que fueron ubicados en otro viejo almacén.

Después de un invierno horrible, los sabañones hicieron estragos en los dedos de Violeta, hasta que llegó el momento tan esperado de recibir la última paga en francos; los empleados la utilizaron para comprar todo lo que podían. Violeta llenó la vieja maleta hasta casi no poder cerrarla: juegos de sábanas, algún mantel, ropa interior, cinco vestidos y algunas de sus pertenencias. Aún preparó un fardo para llevar aparte lo que no cabía en ella.

Por fin, se oían los primeros trinos de las golondrinas en sus nidos y en Bielsa recibieron las buenas noticias de manos del cartero que trajo la alegría al valle.

—¡Ya vienen, ya vienen nuestras mozas, mañana salen de Francia! —gritaban al unísono las personas reunidas en la plaza —tendremos que organizarnos para recogerlas en la muga.

Esos días, el pueblo era un hervidero de conversaciones porque intuían que el regreso estaba cerca.

La algarabía se apoderó de las calles de Sarrancolin una mañana de primavera. Las chicas se reunieron junto al río Neste para emprender el ascenso por la montaña hasta Puerto Viejo, todas iban muy cargadas, pero la ilusión de volver a ver a los suyos les hacía el equipaje ligero. Violeta había aprendido mucho de la vida en ese tiempo por pura necesidad pero, en el fondo, seguía siendo la misma criatura inocente que se maravillaba ante un amanecer. El recuerdo de Paul latía con fuerza en el trozo de algodón que llevaba en su pecho.

Las brumas matinales ocultaban parte del paisaje durante el ascenso, por añadidura, el peso les hacía caminar lento, cada paso costaba más. A media mañana decidieron sentarse sobre unos troncos y comer algo. Luego, reanudaron la marcha bajo un cielo plomizo y siguieron subiendo con cuidado de no dar un mal paso. Todavía faltaba el tramo más complicado y comenzaron a pisar nieve, el aire se volvió ventisca y las jóvenes dejaron de verse por el fuerte viento que azotaba su rostro. Violeta dio un traspiés al borde del precipicio y cayó al suelo mientras la vieja maleta

repleta de sueños bajó rodando por el terraplén. No podía moverse. De lejos, escuchó sórdidamente:

—Tranquila Violeta, sabemos dónde estás, vamos a ayudarte.

Justa y algunas chicas se acercaron e intentaron levantarla y llevarla con ellas.

—No puedo moverme, id a buscar ayuda —susurraba con voz entrecortada.

Justa sacó una manta de su maleta y tapó a Violeta. Enseguida, se puso de avanzadilla del grupo con el dolor en el cuerpo por la ventisca que no la dejaba avanzar, y el dolor en el corazón por la criatura abandonada unos metros más abajo, pues se había convertido para ella en la hija que nunca tuvo. La desesperación le hacía caminar bastante adelantada, las manos protegían sus ojos de la borrasca sin tregua para el agotamiento dando siempre otro paso hacia la muga para pedir ayuda.

Mientras tanto, llegó la noche y heló el alma de las montañas.

La primera claridad encontró al grupo aterido de frío, acurrucado entre la maleza y cubriéndose de una lluvia pertinaz con las colchas que habían comprado. Apenas pudieron llevarse a la boca unas galletas de chocolate y siguieron su ascenso hasta la cumbre de Puerto Viejo. Después de grandes penurias llegaron a la muga, allí estaban esperándoles los hombres del valle tapados con paraguas de pastor, también trajeron algunas caballerías.

—¿Dónde está Violeta? —preguntó Antón, su padre, con el rostro descompuesto.

Justa se adelantó hacia él cuando las chicas se abrazaban a los suyos sin mostrar alegría.

—Se cayó ayer mientras subíamos, no podía moverse. Intentamos levantarla, pero con la ventisca no pudimos hacer nada —decía Justa con lágrimas en sus ojos que se unían a la lluvia—. Tenemos que bajar a buscarla cuanto antes. La tapé con una manta, pero se la habrá llevado el fuerte viento.

El resto de las jóvenes bajaron a Bielsa acompañadas por algunos hombres. Justa y Antón junto a tres paisanos suyos iniciaron la bajada en busca de Violeta. No había palabras, solo el sonido de la lluvia y los pasos atribulados en un descenso que parecía presagiar la tragedia. En el cielo, una bandada de buitres volaban en círculo.

Desde lo alto vieron un bulto negro en el suelo. Detuvieron la marcha por un instante y sus miradas cómplices afirmaron la dolorosa realidad. La encontraron cubierta de escarcha sobre algún resto de nieve que había quedado tras la lluvia. Justa tenía razón porque la manta había sido arrastrada por el viento y estaba a escasos metros. Los ojos de Violeta se habían apagado para siempre.

El camino de vuelta a Bielsa fue un cortejo fúnebre con la niña a lomos de la caballería, meciéndose al compás del vaivén de la misma. Conforme se aproximaba al pueblo, los ecos del llanto desgarrador de los acompañantes se ocultaban entre el tañir de campanas que anunciaba la desgracia. El reloj del campanario se paró en las siete de la mañana.

Al día siguiente, solo había silencio durante el entierro de Violeta en el cementerio de Bielsa. Los rostros de los presentes tenían la mirada fija en Encarna. El enterrador terminó de cubrir la fosa con tierra y colocó una cruz donde se veía grabada la silueta de una golondrina.

Los ojos de la madre, cubiertos en llanto, vislumbraron unos destellos frente a ella: una melodiosa golondrina llevaba en su pico el dedal metálico que depositó suavemente sobre la tumba. A partir de entonces, la sepultura de Violeta se cubría de margaritas todas las primaveras.